

F1219
V.3
VS9



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

HISTORIA ANTIGUA

DE

MÉJICO.

CONTINUACION DEL LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO XLI.

Dase noticia de las ceremonias con que se celebraron las exequias del emperador Tetzotzomoc.

LAS exequias de este emperador no se celebraron segun la costumbre de los chichimecas, sino á la usanza y segun el rito que por entónces dicen que usaban los mejicanos, que era quemando los cadáveres con las ceremonias que voy á decir, porque ya los tecpanecas habian abrazado la religion de los mejicanos, adorando á las mismas deidades que ellos, á las que habian erigido suntuosos templos.

De este ceremonial de las exequias nos dan idea varios autores, así nacionales como españoles, y especialmente entre estos Francisco Lopez de Gomara, en su crónica de Nueva España, de quien dice D. Fernando de Alba en sus relaciones que fué el que mas se acer-

có á la verdad en las noticias de su antigüedad. Dice el mismo Alba que este ceremonial lo inventó Topiltzin, último rey de toltecas; mas yo no me persuado á ello, ni he hallado fundamento en que afianzarlo, y mucho ménos á que los mejicanos trajesen esta costumbre.

Por lo que mira á los toltecas, los que quedaron en estas tierras despues de la destruccion de su reino, y se restablecieron en los tiempos posteriores en el de Culhuacan, ciertamente no usaron este ceremonial, ni los que huyeron en su destruccion y volvieron despues en varios tiempos sabemos ni hay quien diga que trajeron esta costumbre. De los mejicanos que son de los que dicen que la tomaron, expresamente nos refieren sus historiadores que á sus primeros caudillos y reyes que murieron los enterraron en Chapoltepec, y al último rey de Méjico Huitzilihuitl dicen unánimes que le enterraron allí, como dejo sentado en el capítulo XXX; de donde infiero que no solo no fué instituida por Topiltzin, ni la trajeron los mejicanos, sino que por ventura era tan moderna que la estrenó Tetzotzomoc: por lo ménos es preciso que su introduccion fuese despues de la muerte del rey Huitzilihuitl de Méjico, y por consiguiente que todavia no la hubiesen usado los mejicanos en alguno de sus reyes.

Dicen, pues, que era costumbre cuando enfermaba gravemente el supremo señor poner un velo en el rostro al ídolo Tezcatlipoca, á quien veneraban por dios de la providencia, y hasta que sanaba ó moria no se le quitaban. Si era otro de los reyes, príncipes ó señores, especialmente de los generales y grandes capitanes, le ponian el velo á Huitzilopuchtli, dios de la guerra, y lo mismo ejecutaban con otros de sus dioses, á

quienes ponian el velo segun el gusto ó devocion de los enfermos, ó de los mas allegados ó confidentes, especialmente á aquellas deidades que tenian por sus particulares protectores. En esta ocasion le pusieron el velo á Tezcatlipoca, y habiendo muerto el emperador, pasaron sus tres hijos acompañados de todos los príncipes que se hallaban allí á quitar el velo al ídolo, y se volvieron á su palacio á despachar los mensajeros por toda la tierra, y á recibir los pésames de los que venian á hallarse presentes á las exequias.

Entretanto los criados mas inmediatos del difunto lavaron muy bien su cuerpo con varias aguas aromaticas, especialmente la que extrahian del trébol, que era entre ellos muy usada y estimada. Enjugáronle muy bien, y luego le cortaron un mechón de cabello de la coronilla, para que quedase aquella memoria de él, y lo guardaron como luego diré. Vistiéronle sus vertiduras reales, adornándole con todas aquellas joyas de oro, piedras preciosas y plumas que acostumbraba ponerse en las fiestas mas solemnes, y funciones de magestad, y le pusieron una grande esmeralda dentro de la boca. Pusieron el cuerpo despues en el salon principal de su palacio, sentado en cuclillas, como ellos acostumbraban, en una estera muy fina, y le cubrieron de los hombros abajo con diez y siete mantas muy delgadas y bien trabajadas, una sobre otra, y sobre ellas le pusieron una mas rica, en que estaba primorosamente labrada la imágen del dios Tezcatlipoca. Cubriéronle el rostro con una máscara de oro, perfectamente vaciada, que imitaba muy al natural su fisonomia, toda al rededor guarnecida de turquezas, que en esto se distinguian los supremos señores de los demas reyes y príncipes feudata-

rios, á quienes solo se les ponía la máscara de oro, pero sin guarnicion de pedrería. Así se mantuvo expuesto cuatro días en su palacio, en los cuales se hicieron diferentes sacrificios de sangre humana, y entre ellos fué primero el de un esclavo, que cuidaba de encender el fuego y poner los perfumes á los dioses de palacio.

Al quinto día que lo fué tambien de su primer mes, señalado con el geroglífico del movimiento en el número tercero, por ser tercer día de su semana, se hizo el funeral con este orden. Antes de amanecer se juntó todo el concurso en palacio, y comenzó á ordenarse el acompañamiento para el templo mayor de Tezcatlipoca, yendo de dos en dos según sus dignidades y antigüedades todos los príncipes y señores que concurrieron, llevando en las manos los arcos, flechas, macanas, escudos, plumajes y demas armas y adornos militares de que usaba el emperador. En medio de la comitiva iban muchos esclavos, que ninguno dice á punto fijo el número de ellos. Alba dice que por estos tiempos no eran en tanta cantidad como lo fueron en los posteriores, que solian llegar á doscientos. Estos iban muy bien vestidos y aderezados para ser sacrificados, y morir con su señor.

A lo último iba el cadáver, que cargaban muchos criados de los mas principales del difunto, sobre la misma estera en que habia estado expuesto, y á cada lado iban cuatro señores de los principales, vestidos de duelo, cuyo traje consistia en mantas largas, cuadradas, que pendian de los hombros en igualdad y bajaban hasta arrastrar por el suelo, de colores oscuros y sin labores; y si tenían algunas, eran figurando calaveras y huesos ó esqueletos enteros. Llevaban el cabello suelto, ten-

dido sobre la espalda, y unos grandes bastones en las manos. Los que iban á la derecha eran, primero el príncipe Maxtla: seguiale el infante de Méjico Motehuzuma; luego el príncipe Tayauh, y el último Teyolcohua rey de Acolman. A la siniestra iba primero Tlacateotzin rey de Tlatelolco; seguía Chimalpopoca, rey de Méjico; luego Nezahualcoyotl, y el último su sobrino Tzontecohuatl, y detras cerrando el acompañamiento los embajadores de los príncipes que no habian concurrido, y mucha nobleza de todas partes. Todos iban cantando en tono lúgubre y llorosos una relacion en metro de todas las virtudes, hechos y hazañas del difunto, su enfermedad y muerte.

Llegados al templo de Tezcatlipoca, salió á recibirlos á la puerta de él el gran sacerdote, á quien en esta funcion daban el nombre de Chihuacohuatl Tlamacasque, que quiere decir *el sacerdote de la diosa Chihuacohuatl*, que era la que decian que recogia las almas de los difuntos. Acompañábanle todos los demas sacerdotes y ministros del templo, cantando ciertas canciones morales, ordenadas y dispuestas para estas funciones, en que recordaban á los asistentes la memoria de la muerte, diciéndoles que así como ellos llevaban á aquel difunto, que ya ni veía, ni oía, ni sentía, ni podia valerse por sí solo, llegaría el día en que á ellos les sucediese otro tanto: que serian llevados á sepultar en hombros ajenos sin uno de los sentidos, y sin que para ellos fuesen ya de provecho ni las flores, ni los frutos, ni los adornos, como no lo eran ya para aquel difunto, de quien solo quedaba en el mundo la memoria de sus hazañas y heroicos hechos. Estas y otras semejantes moralidades contenían estos cánticos de los sacerdotes, y

algunos se adelantan á decir que hablaban tambien de la gloria y pena del alma en la otra vida, segun las buenas ó malas obras que hubiese hecho en esta, lo que no se me hace difícil de creer, porque es constante que ellos creian la inmortalidad del alma, y el premio y castigo de buenos y malos.

En el gran patio del templo estaba preparada la pira con crecida cantidad de leña de cierta especie de pino resinoso, que en estas tierras llaman ocote, de la voz mejicana ocotl que lo significa, y sobre ella colocaron el cadáver, despues de haberle sacado de la boca la esmeralda, y quitádole las mantas, joyas y máscara que llevaba, y le prendieron fuego, echando en la hoguera mucha goma, copal, incienso, y otras resinas olorosas. Luego que comenzó á arder todos los señores que llevaban las armas é insignias del difunto emperador las fueron arrojando en la hoguera, para que se quemasen con él. Entretanto los sacerdotes comenzaron á sacrificar los esclavos, abriéndolos vivos por el pecho, y sacándoles los corazanes, que arrojaban igualmente en la hoguera; y despues enterraron los cuerpos en una sepultura que para ello tenian hecha. En los tiempos posteriores, como ya he dicho, fueron en mucho número estos miserables sacrificados en semejantes funciones, porque no solo eran los esclavos del difunto, sino de otros señores que los ofrecian en estas ocasiones, por una especie de obsequio al difunto, y asimismo los contrahchos, monstruosos y enanos, á quienes tenian por gente inútil, y en semejantes casos los destinaban á los sacrificios sin mas delito que haber nacido defectuosos, y la misma infeliz suerte tenian los que nacian en los cinco dias intercalares de cada año que llamaban nemonte-

mi, esto es, aciagos é infelices, y creyendo ciegamente que los que nacian en tales dias, habian de ser desgraciados, los destinaban desde la cuna para el sacrificio, con lo que en la realidad los hacian infelices, y muchos padres entregaban á sus hijos que habian nacido en semejantes dias á que se criasen sirviendo en el templo, para que echasen mano de ellos en los sacrificios que se ofreciesen. Tambien se acostumbró que algunos criados que se preciaban de mas leales, y algunas de las mugeres ó concubinas del difunto, en demostracion de su amor para con él, se arrojaban voluntariamente á la pira.

Concluidos los sacrificios de esta funcion, y reducido el cadáver del emperador á cenizas, recogieron estas y los dientes que no se quemaban, y en una arca pequeña que estaba ya preparada, en la que por dentro y fuera estaban pintadas las imágenes de los dioses de quienes fué mas devoto, colocaron las cenizas y dientes, la guedeja de cabello que le cortaron y la esmeralda que tuvo en la boca; y cerrando muy bien la arca, la colocaron en el mismo lugar en que ardió la pira, y pusieron sobre ella una estatua de bulto de madera que retrataba perfectamente al emperador, y así se mantuvo cuatro dias, en los cuales, así por parte de los hijos y deudos, como de los demas señores, se llevaron al templo muchas ofrendas, no solo de flores, frutas, y todo género de comestibles, sino tambien de mantas, plumas, y joyas de oro y pedrería, y muchos perfumes, que unos se ponian ante el altar de Tezcatlipoca, y otros al rededor de la arquilla en que estaban las cenizas, y al anoecer lo levantaban todo los sacerdotes, que tomaban para sí los comestibles y las mantas: mas lo que eran joyas, pedrería y plumas lo guardaban en

el tesoro del templo, para servicio de él y adorno de los ídolos, y lo mismo hicieron con las mantas, joyas y plumas que llevó el cadáver del emperador.

Al cuarto día, al anochecer, cargaron los sacerdotes la arca de las cenizas y la estatua, y la colocaron en una especie de nicho, dentro del templo, con lo que se concluyó la solemnidad de las exequias; mas no cesaron los sacrificios de sangre humana, porque no solo en los cuatro días de las ofrendas se repitieron muchos, sino que después continuaron en varios días que tenían señalados, que eran el vigésimo de la muerte, el sexagésimo y el octogésimo, que era el último y como el cabo de año porque en él se cumplían cuatro meses de los suyos, que eran de veinte días. Con estas solemnidades asientan los escritores indios haberse celebrado las exequias del gran rey Tetzotzomoc, tirano del imperio, y estas mismas practicaron después en los funerales de estos príncipes. En esto no se me ofrece duda, pero sí en que ántes de esta ocasion las hubiese practicado la nacion mejicana, ú otra alguna de las que hasta entónces estaban pobladas en estos reinos.

CAPITULO XLII.

Dispútase entre los príncipes sobre la disposicion de Tetzotzomoc en la exheredacion del primogénito Maxtla; pero este se opone, y su partido vence. Júranle luego, y cede el reino de Coyohuacan en Tayauh. Intenta este, coligado con los reyes de Méjico y Tlatelolco, quitar la vida á Maxtla; pero este sabiendo su intento le mata á puñaladas, en la misma ocasion en que él pensó matar á su hermano. Manda prender á los dos reyes, y lograda la prision del primero le pone en una jaula. Huye el de Tlatelolco y le alcanzan en la laguna, donde muere ahogado.

Todo el concurso se mantuvo en el patio del templo mientras se quemó el cuerpo del emperador; mas luego que reducido á cenizas se colocaron estas en la arca que dije, se restituyeron todos á palacio, donde se les sirvió un abundante almuerzo. Concluido este, y juntos todos en el salon principal el rey Tlacateotzin de Tlatelolco, que era entre todos el mas anciano y respetable, les dijo de esta suerte: „Bien sabeis señores, que el difunto emperador dejó dispuesto, que así en „el trono imperial, como en su reino hereditario de Azcapuzalco, le sucediese el príncipe Tayauh, sin embargo de no ser el primogénito, por los justos motivos „que para ello tuvo, y muchos de vosotros que os hallasteis presentes como yo á esta su disposicion, le „ofrecimos cumplirla, y para ello me parece conveniente que ántes que nos separemos se jure el príncipe Tayauh, y se le dé la obediencia poniéndole en po-

„ sesion de la corona, para obviar de esta suerte los
„ disturbios é inquietudes que pueden ofrecerse.”

Levantóse intrépido Maxtla, ó Maxtlaton, que así le nombraban en frase reverencial, y brotando fuego por los ojos le respondió diciendo: „El haber yo callado en presencia de mi padre sin replicar á su disposicion fué solamente efecto de mi respeto, por no darle disgusto, viéndole tan cercano á la muerte; mas no porque me conformase con ella, cediendo el derecho que me dió la naturaleza, del que mi padre no tuvo potestad para despojarme. Los motivos que pretextó para ello de mi altivez y severidad que desagradada á sus vasallos son tan frívolos, como lo manifiesta el amor y fidelidad con que me miran, no solo los míos del reino de Coyohuacan, sino los mismos de Azcapuzalco y del imperio, de cuya lealtad estoy asegurado que defenderán mi causa contra los traidores que intentaren usurparme la corona. Ni creí jamas que hubiese alguno de los príncipes que pretendiese llevar á efecto tan extraordinaria resolucion, hija de la pasion, y enteramente opuesta á todo derecho; ántes por el contrario estoy satisfecho de que muchos de ellos la tuvieron desde luego por injusta y apasionada, y están prontos con sus personas y vasallos á defender la justicia de mi causa. Por tanto para esquivar cualquier motivo de inquietud y turbacion que pueda ofrecerse, quiero que ántes que os separeis me jureis por supremo monarca de la tierra, y rey de Azcapuzalco, bien entendidos de que si reusais ejecutarlo, con el poder de mi brazo, con el auxilio de los príncipes que me siguen, y con el valor de los mas esforzados capitanes del reino, que no ignorais están á

„ mi devocion, entraré talando y destruyendo á fuego y sangre por las tierras de los rebeldes, hasta dejar las assoladas y reducirlos á mi obediencia.”

Grande fué la conmocion que se levantó en el congreso: declaráronse luego unos en defensa de Maxtla, y otros á favor de Tayauh; pero aunque estaban á favor de este último los reyes de Tlatelolco y Méjico, era mayor el número de los partidarios del primero, y se incluian en él los mas famosos y valientes capitanes; y así aunque duró algun rato la disputa, venció el partido de Maxtla, contentándose los del partido de Tayauh con que renunciase en él su hermano el reino de Coyohuacan. Convino Maxtla en ello, y desde luego le cedió aquella corona, y él fué jurado y reconocido emperador supremo, y rey de Azcapuzalco, aquel mismo dia á la mitad de la mañana, y concluida la jura se retiraron los príncipes á sus alojamientos, y se restituyeron despues á sus estados.

Antes que ellos lo habia ya ejecutado el príncipe Nezahualcoyotl, quien habiendo oido el razonamiento de Maxtla, y viendo la conmocion que se suscitó, no quiso tomar partido en la disputa, sino que despidiéndose secretamente de su tío y primos, el rey é infantas de Méjico, y de algunos otros pocos de los señores sus afectos, se salió disimuladamente de la sala, y partió sin dilacion á Tezcoco, muy contento de haber escapado del funesto golpe que le estaba preparado, porque preocupados Maxtla y Tayauh en sus propios intereses les llevó toda la atencion el negocio de la sucesion al trono, sin volverse á acordar por entónces de Nezahualcoyotl, ni de cumplir la orden de su padre.

Mas conociendo el príncipe que sosegadas las in-

quien habia de volver Maxtla sus ideas contra él, receloso de que el aplauso y estimacion que se habia grangeado, y ya se manifestaba sobradamente, le pudiese en estado de recobrar su imperio, determinó mantenerse quieto en Tezcoco, sin salir de la ciudad, acompañado siempre de criados leales, y continuando sus negociaciones con viveza, para poder ponerse en defensa cuando lo pidiese la ocasion. Mas si hasta entónces habia sido preciso manejar con mucho sigilo estos negocios, ahora pedian las circunstancias presentes mucho mayor recato; porque habiéndose introducido y estrechado amistad muchos tiempos ántes con Maxtla un hermano natural de Nezahualcoyotl que le era desafecto, llamado Tlilmatzin segun unos, ó Yancuiltzin como le nombraban otros, logró que á pocos dias de entrado Maxtla en la posesion del reino le nombrase por gobernador único de la ciudad de Tezcoco, reuniendo en él toda la jurisdiccion que se habia dividido en los gobernadores que ántes se pusieron. Pasó luego á tomar posesion del empleo; y aunque se manifestó muy afable y benigno con el príncipe, que le recibió con iguales demostraciones de agrado, bien conoció este que todo era exterioridad con que intentaba encubrir sus intentos y los de Maxtla, que solo se dirigian á su ruina.

El príncipe Tayauh pasó luego á tomar posesion del reino de Coyohuacan, y pocos dias despues se restituyó á Azcapuzalco con ánimo de vivirse en esta corte, para cuyo efecto determinó fabricar un palacio en el barrio de Atompan; y comenzó desde luego á ponerlo en ejecucion. Los mas dias se iba á la ciudad de Méjico con el rey Chimalpopoca, con quien trataba con íntima familiaridad, y no ménos con el rey Tlaca-

teotzin de Tlatelolco, que habian sido los principales fautores de su partido, y miraban á Maxtla con desafecto, obligados solo de la necesidad á reconocerle por monarca y resueltos á sacudir el yugo de la obediencia siempre que pudiesen ejecutarlo, para lo cual trataban y conferian aquellos medios que pudieran ser mas conducentes.

Una noche pues, que segun asientan los historiadores indios en sus mapas, fué á los cuatro meses de la jura de Maxtla, que estaban tratando del negocio Chimalpopoca y Tayauh en una pieza del palacio de aquel, creyéndose solos y sin que nadie los escuchase, un enano que servia á Maxtla, llamado Tlatolton, segun Alba, ó Telon como le nombra D. Alonso Xayacatzin, el cual, ó porque acaso tenia ya algunas sospechas de la amistad de Tayauh con los reyes de Méjico, ó por mera curiosidad, ó por otro motivo que no se dice, estaba escondido en el hueco de una puerta de la misma sala, desde donde oyó toda la conversacion que pasó entre los dos reyes, reducida á proporcionar el modo de quitar la vida á Maxtla sin rumor ni escándalo, y quedó determinado entre los dos que esto fuese cuando se acabase de fabricar el palacio que Tayauh estaba labrando en Azcapuzalco, para cuyo estreno convidase á Maxtla, y entrando con él solo á las piezas interiores, en la mas retirada tendria prevenido un collar de flores para echarle al cuello, como ellos acostumbraban en demostracion de obsequio, el que se ofreció Chimalpopoca á fabricarlo, y disponerlo con tal artificio, que al mismo tiempo de echárselo al cuello á Maxtla pudiera fácilmente ahorcarle con él; y para que no se retardase la ejecucion, se ofreció tam-

bien Chimalpopoca á darle gente que trabajase en la obra, para que esta se concluyese con mayor brevedad.

No esperó el enano que fuese dia para ir á dar cuenta á su señor de todo lo que habia escuchado, sino que partiendo luego para Azcapuzalco, llegó al palacio de Maxtla á mas de la media noche, y haciendo que las guardias le avisasen que estaba allí y tenia negociacion importante en que hablarle, le mandó entrar el emperador. Dióle cuenta puntual y menudamente de todo lo que habia pasado, lo que no dejó de causar á Maxtla alguna turbacion; pero volviendo sobre sí, le mandó que pena de la vida guardase el secreto, y se volviese á Méjico á hacer la desecha, lo que puntualmente obedeció Tlatolton.

Al dia siguiente hizo llamar Chimalpopoca á dos caballeros de su corte nombrados Achitometl y Tlatocochitzin, á quienes mandó que con un crecido número de gente que sacasen pasaran á Azcapuzalco, y ayudaran en la fábrica del palacio del rey Tayauh, á fin de que este se concluyese con la mayor brevedad; pero que ántes se presentasen al emperador, y captasen su venia. Obedecieron prontamente estos caballeros la orden del rey, y aquella misma mañana pasaron con la gente á Azcapuzalco. Presentáronse al emperador, pidiéndole en nombre del rey su amo la venia para trabajar en el palacio del rey Tayauh, con lo que Maxtla confirmó la noticia del enano: mas con un profundo disimulo les dijo que con gran gusto les daba la licencia para trabajar en los palacios de su hermano, y estimaba mucho al rey de Méjico el favor que le hacia, y que él por su parte queria tambien contribuir á su obsequio, para lo cual mandó luego llamar á un cierto capitan de

su confianza, y le ordenó que con toda la gente que pudiese fuese á ayudar á la fabrica para que se concluyese con la mayor brevedad.

Cumplió luego la orden el capitan, y con todo este socorro en pocos dias, que segun dicen algunos no fueron mas que diez, quedaron perfectamente acabados. Entónces Maxtla mandó decir á su hermano que no tenia que prevenir nada para el estreno de su palacio, por que el festejo que habia de hacerse corria enteramente de su cuenta: y así dió orden á sus criados de que se previniese un gran banquete, señalado el dia en que habia de hacerse el estreno, para el cual hizo convidar á los reyes de Méjico y Tlatelolco, y á otros muchos señores de la principal nobleza, tanto de su corte como de Méjico y Tlatelolco, de los cuales algunos eran sabedores del intento de Tayauh, y aun habian ofrecido ayudarle en el lance.

Llegado el dia asignado, concurrieron á Azcapuzalco todos los convidados, excepto los reyes de Méjico y Tlatelolco, y otro caballero llamado Tecuhlihuacatzin, deudo de Chimalpopoca, y su primer consejero, que ó recelosos de algun mal suceso, ó refinados políticos en sus traidoras máximas, para quedar cubiertos en cualquier trance huyeron el cuerpo á la concurrencia, y se escusaron con el pretexto de que no les era posible dejar de asistir á una gran fiesta y sacrificio que aquel dia debia de hacerse en uno de sus templos. Sin embargo se celebró el estreno, pasando el emperador acompañado de todo el concurso al nuevo palacio, donde le esperaba su hermano, que tenia ya prevenido el collar de flores, con tal arte dispuesto, que al echárselo al cuello al emperador, pudiese facilmente ahorcarle.

Llegó Maxtla con toda su comitiva, y Tayauh le recibió con muchas muestras de afecto y gratitud, á que correspondió con iguales expresiones; y creyendo Tayauh que le trahia engañado al sacrificio se entregó el miserable al cuchillo. Despues de los primeros saludos, cumplimientos y enhorabuenas convidaba Tayauh á su hermano á que entrase á ver las piezas interiores del palacio; pero Maxtla, que sabia su intencion, se excusó por entónces, diciendo que entraria despues de la comida. Sirvióse esta con mucha abundancia y esplandez, tanto á los príncipes y señores principales, como á todo el resto del concurso, que era numeroso. Mantúvose Maxtla sentado largo rato despues de la comida, al cabo del cual levantándose de su asiento se acercó á Tayauh en accion de irle á abrazar, y sacando un cuchillo que llevaba encubierto, le dió tan crueles puñaladas, que al punto cayó muerto á sus pies; y volviéndose al concurso con semblante airado y furioso, dijo: „Así „ castiga mi justicia la traicion de un hermano, que se „ atrevió á pensar quitarme la vida: y si esto hice con „ él ¿que haré con los demas que yo descubra cómplices „ en su delito?“ Llamó luego á ciertos capitanes, y les mandó que luego al punto marchasen á Méjico y Tlatelolco con la tropa que tenian prevenida, y prendiesen á los reyes Chimalpopoca y Tlacateotzin, y les pusiesen en parage seguro, hasta que otra cosa ordenase; pero que al consejero Tecuhtlihuacatzin le quitasen luego la vida.

Partieron sin dilacion los capitanes con su tropa, y llegados á la ciudad de Méjico hallaron al rey Chimalpopoca y á su consejero en el templo, asistiendo á los sacrificios que les sirvieron de pretexto para no con-

currir á la funcion; mas no les valieron para escapar el golpe funesto del enojo de Maxtla, porque apoderándose luego la tropa de la persona del rey y de la de su consejero, sin que hiciesen resistencia, ni se atreviesen sus vasallos á impedirlo, dieron luego muerte á Tecuhtlihuacatzin, y llevaron al rey á la cárcel pública de su propia corte, en donde lo encerraron en una jaula muy fuerté que en ella habia para los reos de enormes delitos, poniéndole muchas guardias, con la órden que llevaban del emperador para que no se le diese de comer sino muy pocas onzas de pan cada veinte y cuatro horas, ni se le dejase ver de nadie.

Asegurada la persona de Chimalpopoca marcharon sin dilacion los capitanes con el resto de su tropa á Tlatelolco en solicitud de Tlacateotzin su rey, á quien no habian hallado en el templo; mas este que supo luego lo que pasaba con Chimalpopoca, y entendiendo bien que sobre él habia de venir igual golpe, procuró ocultarse, de suerte que no fué posible que lo encontrasen los que le buscaban; y perdida la esperanza de hallarle, se volvieron á Azcapuzalco á dar cuenta al emperador de lo que habian ejecutado. Mucho sintió este que se le hubiese escapado Tlacateotzin, y así dió órden de que le buscasen por todas partes, sin perdonar diligencia, hasta haberlo á las manos, muerto ó vivo.

El rey Tlacateotzin, creyendo que estaria mas seguro y oculto en Tezcoco, determinó pasarse á aquella ciudad, y habiendo hecho recoger la mas que pudo de sus tesoros, dispuso embarcarse secretamente al anochecer, y navegar para Tezcoco; mas siendo preciso para esto valerse de algunos de sus mismos cria-

dos de quienes tenia mayor confianza, y en quienes creia mas seguro el secreto, uno de ellos, traidor, cuyo nombre no dicen, que quiso levantar su fortuna sobre la ruina de su señor, pasó á Azcapuzalco y dió puntual noticia de todo á Maxtla, quien mandó prontamente aprestar algunas canoas con suficiente número de tropa que fuesen en su alcance. Partieron luego estas, é hicieron tan buena diligencia que alcanzaron á las canoas de Tlacateotzin en medio de la laguna, y dieron sobre ellas con intento de abordarlas, para apoderarse de la persona del rey; mas este y los que le acompañaban se defendieron vigorosamente, hasta que la canoa del rey que llevaba mucho peso en sus tesoros, con el golpe de gente que sobre ella cargó se fué á pique pereciendo allí miserablemente el rey con todas sus riquezas.

Este fué el desgraciado fin del valiente Tlacateotzin, tercer rey de los tlatelolcas, siendo ya de edad muy crecida, la que empleó desde su juventud en el manejo de las armas, en servicio del rey Tetzotzomoc, mereciendo por su valor y acertada conducta toda su confianza, y que le entregase el mando de sus tropas, nombrándole general de sus armas, cuyo cargo desempeñó siempre honrosamente á pesar de la vicisitud de la fortuna en los trances de la guerra, de suerte que ántes de ceñir la corona que heredó de sus mayores se habia ya coronado de muchos laureles que ganó por sus puños. Gobernó su reino con igual acierto, prudencia y benignidad, haciéndose amar y temer á un tiempo de sus súbditos; aumentó y hermosó su capital, cuanto le permitieron las circunstancias del tiempo. Poseyó la confianza de Tetzotzomoc hasta la muer-

te de este, que nada resolvía sin consultar su dictámen, por lo que se habia conciliado el respeto y veneracion universal de todo el imperio. Mas toda esta grandeza en ménos de cinco meses, vino á tierra, habiendo sido el origen de su ruina el querer llevar á efecto la disposicion de Tetzotzomoc en la sucesion de Tayauh; porque yo no he hallado autor alguno nacional que diga que se halló en la conversacion traidora de Chimalpopoca con Tayauh, de que dió cuenta el enano á Maxtla, y dió motivo á todo este alboroto; pero no puede dudarse que Tlacateotzin era desafecto al emperador, y fué el que se hizo cabeza del partido de Tayauh.

Algunos autores quieren asignar la causa del desafecto de estos dos reyes á Maxtla, y dicen que fué el que este príncipe soberbio era igualmente lascivo, y habiendo visto á la reina de Méjico, muger de Chimalpopoca, y pareciéndole muy hermosa, pretendió quitársela, para cuyo efecto se valió de ciertas concubinas cuyas que con fingidos pretextos la hiciesen venir á Azcapuzalco, viviendo todavía Tetzotzomoc. Diéronse ellas tan buena maña, que lograron traerla engañada y entregársela á Maxtla. Procuró este al principio reducirla con alhagos al cumplimiento de sus torpes deseos, y á que se quedase con él, abandonando y repudiando al rey de Méjico; mas ella; honrada y constante, se resistió con el mayor esfuerzo, negándose enteramente á sus caricias, lo que visto por el soberbio Maxtla se valió de la fuerza, y habiendo satisfecho su brutal apetito, la dejó ir libre. Volviéndose ella á Méjico muy llorosa, dió cuenta de su desgracia á su esposo, del cual no dicen si hizo alguna demos-

traición de sentimiento ó reconviniendo á Maxtla, ó quejándose á su padre Tetzotzomoc, ó manifestando de otro algun modo ser sabedor de su agravio y querer vengarle. Lo que únicamente dicen es que estando como estaba tan unido con el rey de Tlatelolco, este supo el suceso, y ambos concibieron la idea de matar á Maxtla, y despues que vieron la disposicion de su padre, excluyéndole de la sucesion al trono, pretendieron con el mayor esfuerzo que se cumpliese; pero por entónces parece que disimuló el rey Chimalpopoca ser sabedor de su agravio.

D. Fernando de Alba, no en este pasaje, sino en otro que despues veremos, da á entender que habia quitado Maxtla á Chimalpopoca dos concubinas, cuyos nombres da, y las tenia consigo cuando este rey murió; pero nada dice de este suceso de la reina, y no es fácil averiguar si son dos distintos ó uno solo, en que pueda haber error en los que escribieron que fué la reina la burlada, y se hace mas verosímil el suceso en las concubinas.

Tambien dicen otros autores que este lascivo y soberbio Maxtla intentó forzar á la muger de Izcohuatl, rey de Méjico, que sucedió á Chimalpopoca en presencia de su mismo esposo, y esto puede haber dado tambien motivo á equivocar los sucesos: aunque tampoco hallo dificultad en que sean distintos y todos ciertos, y ménos en que un bruto desbocado y entregado todo á sus pasiones ejecutase estos y otros muchos absurdos.

CAPITULO XLIII.

Carga Maxtla á los mejicanos de los tributos de que les habia libertado Tetzotzomoc. Viene Nezahualcoyotl á Azcapuzalco á pedir la vida de su tio el rey Chimalpopoca al emperador, quien ofrece dársela, y le permite que vaya y venga á verlo á la prision, y entretanto manda prevenir tropa que á su vuelta le prenda.

Los capitanes y gente que fueron en alcance de Tlacateotzin volvieron con sus canoas á Azcapuzalco al dia siguiente por la mañana, y dieron cuenta al emperador de todo lo acaecido, á que respondió: „Muy bien está lo ejecutado; ya salí de ese enemigo; el otro morirá en la jaula en que le tengo: solo me resta matar á Nezahualcoyotl, para quedar libre de enemigos, y asegurado en el trono.”

Mandó luego llamar á un caballero anciano, mayordomo suyo, de quien hacia mucha confianza, nombrado Chichincatl, y le ordenó que pasase luego á las ciudades de Tlatelolco y Méjico, y haciendo juntar á toda la nobleza, y á los principales del pueblo, les notificase que el indulto de tributos que les habia concedido el emperador su padre habia ya cesado, porque él de ningun modo queria concederlo, sino que pagasen todas las contribuciones é impuestos que pagaban antes del indulto, con mas todas aquellas que quisiese imponerles de nuevo, conminándolos con graves penas si así no lo ejecutasen. Mandó al mismo tiempo que de pronto pagasen por subsidio extraordinario cierta suma